
CONCIERTOS

ESTRENO DEL BALLET «COPPELIA».

Si alguna vez puede estar permitido a un crítico vigilante de sus palabras, temeroso de la hipérbole, el empleo sin reserva de los más resonantes adjetivos de encomio, es sin duda en esta del estreno de «Coppelia», por el Cuerpo de Ballet de la Escuela de Danza del Instituto de Extensión Musical. Por desgracia, los calificativos de perfecta, sublime, maravillosa y otros que con justicia podrían aplicarse a esta representación, han perdido todo su valor en el abuso que de ellos se hace. En suma, nos encontramos sin palabras que sean aptas para expresar el alto nivel artístico de este acontecimiento. Decir que constituyó una de las manifestaciones de arte más puras que hemos conocido y la que con mayor fuerza ha conmovido nuestra sensibilidad en los últimos años, quizás no sea decir todo lo que este esfuerzo merece. Pero puede agregarse que tales apreciaciones distan mucho de ser privativas del que esto escribe. El público de que rebosaba la sala del Teatro Municipal en el estreno de «Coppelia» y el no menos numeroso que ha agotado con inusitada anticipación las localidades para las funciones siguientes, demostró en su entusiasmo que nuestra opinión se halla ampliamente compartida.

Que en un lapso de poco más de tres años, Ernst Uthoff, director de la Escuela de Danza, y sus compañeros en el profesorado de la misma hayan sido capaces de formar un cuerpo de tan avezados danzarines, sobrepasa los límites de lo ordinario. Porque es mucho lo que tenemos que elogiar en la interpretación de Lola Botka al papel de Coppelia, sobre todo en su actuación del segundo acto, cuando la muñeca, trágicamente, poco a poco se humaniza; mucho también lo que hay que destacar en la versión ofrecida por Rudolf Pescht de «Franz». Pero Patricio Bunster (Coppelius), Malucha Solari (Swanilda), Ana Blum (La Gitana) y los demás alumnos de la Escuela, tanto los que tenían papeles de solistas como de miembros del conjunto, ¿es que se quedaron a la zaga de sus profesores, antes citados, primeros bailarines de una de las primeras compañías de ballet europeo? En ningún modo. Quizá lo más admirable de toda esta representación sea el perfecto equilibrio, la absoluta armonía que se ofreció en ella entre cada una de las partes y el todo.

La crítica de Santiago ha dispensado un unánime elogio al Ballet de la Escuela de Danza con motivo del estreno de «Coppelia». Sería imposible reproducir, ni aún parcialmente, estos juicios sin prolongar en demasía este artículo. No obstante, no resistimos al deseo de recoger aquí la impresión que «Coppelia» produjo en una ilustre personalidad musical que nos visita, el maestro Jascha Horenstein. En declaraciones que hizo a la revista «Ercilla», con fecha 5 de Junio, afirmó que el Cuerpo de Ballet de la Escuela de Danza es «magnífico y sería admirable en cualquier parte del mundo

donde se presente. Los chilenos pueden sentirse orgullosos de tenerlo. «Coppelia» fué la primera impresión que tuve en Chile. No podía haber iniciado mi estadía aquí bajo mejores auspicios».

En el programa del estreno de «Coppelia» y en las demás representaciones, se ofrecieron junto a este ballet los titulados «Sueño», de la ópera «Sayeda» de Bisquerth, y «Capricho Vienés» sobre valeses de Juan Strauss. En su interpretación se repitieron los éxitos de años anteriores. La Orquesta Sinfónica de Chile, bajo la dirección de Víctor Tevah, tuvo a su cargo la ejecución de la música danzada.

CONCIERTOS DE LA TEMPORADA SINFONICA

La Orquesta Sinfónica de Chile prosigue con creciente éxito sus actuaciones de la presente temporada en el Teatro Municipal. El Viernes 25 de Mayo actuó con la Orquesta del Estado el último de los directores chilenos que se presenta en esta serie de conciertos: Juan Casanova Vicuña. Interpretó un programa en el que figuraban como obras principales la «Sinfonía en Re menor», de Franck, y el «Concierto en Sol menor», de Mendelssohn. Herminia Raccagni tuvo a su cargo la parte solista de esta obra. Una de las más amaneradas de su autor, la participación que en ella le cabe a la orquesta, poco más que simple acompañante del piano, no permitió mayor lucimiento a la Sinfónica de Chile ni al director que con ella se presentaba. Mucho en cambio pudo mostrar la pianista de sus extraordinarias dotes, en el tejido virtuosístico, de delicada estambre, que al instrumento principal se le asigna. Claridad y limpieza de sonido, dicción perfecta, exquisita matización de los complicados pasajes en que abunda esta obra, nada quedó por realizar ni podía ser superado en la interpretación que dió Herminia Raccagni a su parte.

De la «Sinfonía» de Franck, así como de los «Dos Nocturnos» y una «Danza» de Debussy, orquestada por Ravel, que cerraban el programa, Casanova Vicuña ofreció versiones estimables. Sin duda el director chileno superó en este concierto a todas las actuaciones que antes hemos tenido ocasión de oírle. «El Huaso y el Indio» y «María Luisa, Vals», esta última en primera audición, composiciones de Juan Casanova que ejecutó en este programa, volvieron a mostrarnos al sutilísimo orquestador de los «Esquisses» sinfónicos. Sus obras nuevas se hallan en realidad emparentadas muy de cerca con aquellos «bocetos». La misma agilidad de trazo y buen gusto en el manejo de los colores orquestales, hacen de las estampas ahora interpretadas un delicioso ejemplo de un aspecto de la música chilena que no puede ser desconocido.

*

En el concierto siguiente, 1.º de Junio, se presentó por primera vez ante nuestro público David Van Vactor, compositor, intérprete y director norteamericano que, en los múltiples aspectos de su actividad, en el corto tiempo que reside entre nosotros, no ha hecho sino

corroborar la alta opinión que de él nos habíamos formado por las referencias de que disponíamos. Desde luego, su actuación como director de orquesta fué por completo consagratoria.

Van Vactor se acreditó como un director de excelente técnica, eficaz y sobria, y de una sensibilidad agudísima que le permitió desempeñarse en la interpretación de la compleja «Primera Sinfonía» de Brahms de manera insuperable. El conocimiento profundo que demostró de esta partitura, el rigor, producto de un concienzudo análisis, con que mantuvo el *tempo* justo en cada una de las partes y el no menos justo equilibrio entre los diferentes planos orquestales, se unía a una estricta dosificación del «pathos», difícil de obtener en una obra como ésta que es de transición entre las de Brahms. El público comprendió hasta qué punto era admirable la versión de Van Vactor, dispensándole una ovación tan prolongada como pocos directores han recibido, entre los de primer rango que nos han visitado.

Habría que insistir en los mismos elogios sobre la ejecución de la «Obertura al aire libre» de Copland, la «Pastoral de Verano» de Honegger y la «Obertura para una Comedia» de que es autor el propio Van Vactor. Ocupaban estas composiciones el centro del programa, entre la «Suite en Re mayor» de J. S. Bach y la Sinfonía de Brahms. Antes de escuchar ésta, llegamos a suponer que Van Vactor era sobre todo excelente intérprete de la música contemporánea, porque en la de Bach no nos satisfizo. Pero tal suposición fué desvanecida una vez que escuchamos el concierto hasta el fin. La completa madurez de su arte de director no dejaba lugar a dudas después del relieve que supo dar a la obra de Brahms.

*

El sexto concierto de la temporada sinfónica estuvo a cargo de Jascha Horenstein. Interpretó un programa formado por la «Sexta Sinfonía» (Patética) de Tschaikowsky, el «Mathis der Maler» de Hindemith y la obertura N.º 3 de «Leonora» de Beethoven.

Horenstein es antes que nada un artista, una sensibilidad artística de alto vuelo. En su peculiar manera de dirigir, prescindiendo de partitura y batuta, la música parece hacerse carne de su propio cuerpo. Hasta tal punto la plasman sus gestos, el crispar de sus manos, sus dedos desmesurados, ágiles y nerviosos que trazan en el aire el perfil de los sonidos, ya sea la relampagueante llamada de un trombón, como el blando canto de un clarinete o el diseño rítmico de unos contrabajos que poco a poco surge del fondo de la orquesta hasta cobrar extraordinario relieve. Y todo esto, conviene advertirlo, sin teatralidad. Violenta o plácida, su gesticulación nunca obedece a otras razones que las puramente musicales; jamás es superflua ni menos aún parte de ese espectáculo que se condena en aquellos directores demasiado complacientes en el halago de las muchedumbres.

De la «Sinfonía Patética» de Tschaikowsky, puede afirmarse que Horenstein ofreció no sólo una versión ejemplar, sino casi mi-

lagrosa. Verdadero milagro del formidable taumaturgo que es este director, fué aligerar en tal manera el peso muerto de las ideas marchitas y del forzado patetismo, muy de otra época, que gravitan sobre la prolongada partitura del músico ruso hasta conseguir el entusiasmo de los auditores más exigentes. Por nuestra parte, hemos de confesar que descubrimos en Tschaikowsky muchas bellezas que no le sospechábamos. No sólo en cuanto a la orquestación, que ahora comprendemos del todo lo merecido que tiene el que tanto se la pondere, sino en cuanto se refiere al hábil tratamiento de los temas y el empleo de ciertos matices de expresión que no carecen de sutileza y, de ordinario, suelen naufragar en la masa tumultuosa y densa de aquel patetismo a que aludíamos.

En «Mathis der Maler», la compleja urdimbre de la obra se mostró al desnudo, sin que el goce que nos produjera fuese de simple orden intelectual, gracias al esfuerzo del director. «Leonora N.º 3» de Beethoven, desmereció al lado de las otras interpretaciones que Horenstein nos ofreció. La Orquesta Sinfónica de Chile siguió con admirable disciplina y un fervor sostenido al artista que tenía a su frente.

S. V.

RECITAL DE SONATAS POR FREDY WANG Y TAPIA CABALLERO

En la Sala Cervantes, el Lunes 14 de Mayo, se presentaron Fredy Wang y Tapia Caballero en un recital de sonatas para violín y piano, tercer concierto de abono de la temporada de música de cámara. Ejecutaron la «Sonata en Re mayor» de Händel, la en Si menor de J. S. Bach, una de Beethoven en Re mayor, de la Op. 12, y la de Debussy en Sol menor.

Fredy Wang ofreció una de las mejores actuaciones que le hemos oído. Un estudio detenido de cada una de las obras lo llevó a un completo dominio de estilos tan dispares como el de Händel y el de Debussy, el de Bach y Beethoven. También desde un punto de vista técnico, las cualidades de pureza de sonido, seguridad de arco, justeza rítmica y ponderado sentido de la expresión, sin caer en las extralimitaciones tan frecuentes en los violinistas cuando actúan «a solo», parecen indicar en el joven músico que se halla en un proceso de superación de sí mismo. Cuando es tanto ya lo que tiene alcanzado, nada mejor podemos desearle que persistir en este empeño.

Tapia Caballero, recientes los éxitos obtenidos por sus recitales de piano, en este concierto no se mantuvo a la altura deseable como acompañante. Tal vez se le hacía muy duro este oficio de acompañante, que tiene algo de subordinado al de otro intérprete principal. Por esto, donde más estimable fué su actuación fué en la Sonata de Debussy, en la que piano y violín tienen funciones equiparables. En las de Händel y Bach sobre todo, ni siquiera supo amol-

darse a no forzar el volumen de sonido que es necesario para un instrumento que no debe pasar de secundar al violín, conforme a los propósitos de quienes las escribieron y los usos de la época en que vieron la luz.

CUARTO CONCIERTO DE MUSICA DE CAMARA

En el programa de este concierto figuró en primer término el «Concerto Grosso en Do menor» de Francesco Geminiani, cuyas obras son ejecutadas raramente. En este «Concerto» se pueden apreciar plenamente las enseñanzas que el compositor recibió de sus maestros Arcangelo Corelli y Alessandro Scarlatti. El conjunto de cuerdas, hábilmente dirigido por Víctor Tevah, dió una versión muy acabada del estilo noble que en ciertas ocasiones adquieren las obras para cuerdas solas, como la que comentamos.

De Antonio Vivaldi escuchamos el «Concierto para dos violines y orquesta de cuerdas», en el que actuaron como solistas los violinistas Pedro d'Andurain y Tito Dourthé. Estos jóvenes virtuosos demostraron en este «Concierto» poseer una clara y limpia técnica, como es exigida constantemente en las obras de Vivaldi. Por otra parte, se vió, en forma patente, la comprensión que tenían de este «Concierto», al tocarlo muy dentro del clásico estilo de los violinistas italianos. En ningún momento olvidaron su papel de pareja concertante y tocaron con una homogeneidad difícil de obtener en dos solistas de instrumentos iguales. La orquesta de cuerdas estuvo correctísima en todo momento.

En la segunda parte del programa, Fredy Wang, Zoltan Fischer y Hans Loewe ejecutaron el «Trio-Serenata en Re, Op. 8» de Beethoven, para violín, viola y violoncello. Esta obra tiene todavía cierta influencia de Mozart, tanto por la forma, que es la de la serenata de tipo clásico, como por la juvenil y fresca alegría de sus temas. Los ejecutantes actuaron correctamente y su versión estuvo muy ajustada al primer estilo beethoveniano.

En la última parte del concierto, Víctor Tevah dirigió la suite para orquesta de cuerdas «Del tiempo de Holberg», de Grieg. Es una magnífica muestra del talento que la inspiró. Dentro del clásico molde de las danzas del siglo XVIII, el compositor encuadra temas genuinamente representativos de la música escandinava. La versión que de esta suite nos brindó Tevah puso en relieve toda la belleza de la obra.

D. N. T.

CONCIERTOS DE GIORGY SANDOR

El pianista húngaro Giogy Sandor ofreció, el mes pasado, un ciclo de cuatro conciertos en el Teatro Municipal.

En todos ellos, Sandor demostró un dominio técnico del instrumento realmente sorprendente. Octavas, pasajes digitados, acordes desplazados, etc. son dificultades que Sandor vence con enorme sol-

tura y seguridad. Sin embargo, en las Sonatas de Beethoven y Mozart y en las obras de Bach, su interpretación estilística careció de verdadera madurez musical y de comprensión formal. Matices exagerados, durezas en el sonido vinieron a deformar la sobriedad expresiva que distingue a estos autores. Por la misma facilidad técnica y destreza mecánica de que dispone Sandor, tiene la tendencia a precipitar el tiempo de las obras. La Fuga de la «Toccata en Do» y de la «Fantasía Cromática» de Bach, el Estudio «Patético» de Scriabin, «El pájaro profeta» y las «Papillons» de Schumann fueron alterados en sus caracteres específicos por este mismo defecto.

Sandor no ha sabido captar ni en «Ondine» de Ravel ni en «Feux d'Artifice» de Debussy, la atmósfera impresionista y esencialmente sugerente de estas obras. Esta ausencia de estilo la produce especialmente el mal manejo del pedal y un falso concepto del *rubato*, que oscila entre un isocronismo fuera de estilo y una deformación arbitraria de los valores. Cabe resaltar la magnífica ejecución de las obras de Bela Bartok y Shostakowitch y muy especialmente las Sonatas de Liszt, donde Sandor puede lucir sus formidables cualidades técnicas, que como músico son los mejores atributos que posee.

ALFONSO MONTECINO.

VAN VACTOR EN MUSICA DE CAMARA

El quinto concierto de Música de Cámara, estuvo formado por dos partes, visión fulminante del arte de Beethoven en los dos extremos de su primer y tercer estilos, y de una parte final con estremos de música moderna.

Van Vactor se presentó como solista en la flauta y como compositor. En este aspecto poco podemos agregar a lo ya dicho en reseñas anteriores. Su «Sonatina» para flauta y piano muestra la excelente factura, la contagiosa alegría juvenil y la espontaneidad de ideas que hemos celebrado en las composiciones de este músico que nos ha sido dado conocer. En cuanto a su actuación como flautista, sobran los elogios. Jamás hemos escuchado un intérprete que domine mejor este difícil instrumento, tanto en sus recursos técnicos como en la acertada expresión. Ello se puso particularmente de relieve en la «Siringa» de Debussy, para flauta sola, y en la parte que le cupo a Van Vactor en el «Trío-Serenata en Re mayor», para flauta, violín y viola, de Beethoven. Fredy Wang y Raúl Martínez fueron sus colaboradores en la versión impecable de esta obra.

René Amengual acompañó a Van Vactor al piano en la «Sonatina» ya aludida y en la «Pequeña Suite» de que es autor el joven compositor chileno. Esta obra, un poco desigual en el estilo de sus cuatro tiempos, que van desde un Preludio impresionista, al menos por su color armónico, a una Courante y Aria barrocas, para desembocar en un Ragtime muy de nuestros días, pertenece a la especie de las obras menores de Amengual de más delicado espíritu.

Pero se resiente un poco de cierto carácter de improvisación que en ella domina.

Al pianista Alfonso Montecino,—un muchacho de poco más de veinte años, pero que acreditó en esta ocasión una madurez de espíritu que con mucho sobrepasa esta edad,—le estaba reservado el Beethoven de la tercera época y nada menos que con la «Sonata 32, en Do menor, Op 111». El pésimo estado del piano, duro y desagradable de sonido, con que tuvo que actuar, restó mucha belleza a su interpretación. Sobre todo en el arrebatado primer tiempo. De todas maneras demostró una completa identificación con el contenido de una composición sobrecargada de problemas. Con admirable agilidad dominó la inquietud irrefrenable de estas páginas, los violentos contrastes de luz y sombra que las animan.

OTROS CONCIERTOS

El pianista mejicano Fausto García Medeles, ejecutó en la Sala Cervantes, el Domingo 20 de Mayo, un interesante concierto, formado por obras de Franck, Debussy y músicos modernos de su país y españoles.

El «Preludio, Coral y Fuga» de César Franck fué quizás la obra que recibió de este pianista una interpretación más superficial. Por decirlo así, fué la suya mecánicamente perfecta, pero hueca en su contenido. No ocurrió lo mismo con los cuatro Preludios y los tres números del «Childrens Corner» de Debussy. Por el contrario, García Medeles se mostró bien impregnado del espíritu que domina en estas composiciones que supo traducir con una amplia riqueza de medios técnicos.

Las dos «Danzas indígenas» de Rolón y el «Baile» de Jiménez Mabarak, músicos mejicanos de última hora, demostraron que existe en aquel país un movimiento musical de gran interés, después de lo mucho logrado por Ponce, Chávez y Revueltas, maestros consagrados de la generación actual. El concierto terminó con una ejecución brillante de piezas de Granados y Turina.

*

La clavecinista argentina Julieta Goldschwartz ejecutó un único concierto en el Teatro Municipal, el 23 de Mayo. Incluía en su programa obras de Bach, entre ellas la «Fantasía Cromática y Fuga», el «Concierto en Do» de Vivaldi, y piezas de Rameau, Couperin y Scarlatti.

Julieta Goldschwartz dispone de una gran agilidad que le permite ejecutar las obras que selecciona a una considerable mayor velocidad del tempo en que fueron escritas. Recurso fácil de «virtuoso» que en modo alguno beneficia a la música. Por lo demás, ni fidelidad al estilo de los distintos maestros ni utilización de los recursos que el clavecín ofrece por sus combinaciones de registros, sin lo cual todo queda en esa «divina herrería» de que hablaba un agudo crítico francés.

*

La Sociedad Pro-Arte de Viña del Mar organizó, el 7 de Mayo, un recital de la prestigiosa pianista chilena Rosita Renard, quien se despedía para emprender una

nueva de sus triunfales jiras por el extranjero. Bach, Schubert, Mendelssohn, Halffter, Poulenc y Ravel fueron los músicos interpretados.

*

En la Sociedad Pro-Arte, asimismo, se presentó la mezzo-soprano austríaca Ruth Hennig. El programa consultaba canciones de clásicos italianos del Siglo XVIII y lieder de Schubert, Brahms, Mahler, Fauré y Tschaikowsky.

*

En el Aula Magna de la Universidad Santa María, de Valparaíso, la soprano Teresa Orrego, acompañada al piano por Rudy Lehman, interpretó un recital de lieder de Hugo Wolf, Ricardo Strauss y Manuel de Falla, además de incluir, como parte principal de su programa, la versión completa del ciclo «Amor y vida de una mujer» de Roberto Schumann. Crítica y público se mostraron unánimes en los calurosos elogios a la joven artista.

*

En el Instituto Chileno-Británico de Santiago, ejecutó un recital de danzas el bailarín Sergio Roberts. Este recital estuvo auspiciado por la Embajada de Bolivia, país al que pertenecían una gran parte de las danzas incluidas en el programa.

*

El Instituto Chileno-Británico de Valparaíso, por su parte, organizó en los primeros días de Junio una conferencia y concierto a cargo del señor Bruce Laurie, sobre las «Variaciones Enigma» de Elgar y la «Capriol Suite» de Varlock.

*

LAS RESEÑAS DE CONCIERTOS COMPRENDIDAS EN ESTA SECCIÓN, NO ABARCAN SINO HASTA LOS CELEBRADOS EL DÍA DIEZ DE CADA MES, FECHA EN LA QUE ESTAMOS OBLIGADOS A ENTREGAR LOS ORIGINALES A LA IMPRENTA.